

Durkheim y la Sociología

Por Demetrio PORRAS, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia de Panamá. Profesor de Sociología de la Universidad de Panamá.—Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.*

EL gran maestro Emilio Durkheim, nació en Epinal —Francia— el 15 de abril de 1858 y murió en noviembre de 1917. Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Burdeos, desde 1887 enseñó sociología y allí publicó sus dos principales obras: *Las reglas del método sociológico* y *La división del trabajo social*. Luego fue nombrado en París, en donde reemplazó a Ferdinand Buisson en la cátedra de Educación y profesó simultáneamente hasta su muerte la Pedagogía y la Sociología en la Facultad de Letras. En París organizó una vasta empresa de investigación social. Asoció a su obra a todo un colegio de sabios y creó un laboratorio de estudios sociológicos; una oficina de especialistas en todas las investigaciones que interesan la naturaleza del hombre: lingüistas, juristas, moralistas, economistas, historiadores, estadísticos, etc., etc. Cada uno debía, por su parte, contribuir a la edificación de la ciencia futura y recoger los documentos relativos a las diferentes investigaciones sociológicas. Durkheim se reservaba la dirección general de esta vasta colaboración, coordinando los estudios particulares y dando, de tiempo en tiempo, su contribución propia.

Para reunir y clasificar todos esos documentos y todas esas observaciones, fundó la revista *El Año Sociológico*, en la cual colaboró un

* El autor de este artículo tuvo la honra de ser discípulo personal de Durkheim así como de otros ilustres sociólogos y juristas franceses.

gran número de profesores y de especialistas interesados en las diversas manifestaciones de la vida social.

Murió Durkheim a los cincuenta y ocho años, en plena fuerza y en plena actividad creadora. Siete obras fundamentales publicó:

Las Reglas del Método Sociológico, El Suicidio, La División del Trabajo Social, La Educación Moral, Educación y Sociología y Las Formas Elementales de la Vida Religiosa.

A estas obras capitales hay que agregar un importante capítulo sobre la *Sociología y las ciencias sociales*. Prefacios, en especial en el libro de Hamelín sobre el *Sistema de Descartes*. Asimismo publicó *La prohibición del incesto*; de la *Definición de los fenómenos religiosos*; *Dos leyes de la evolución penal, sobre el totemismo*; *Algunas formas de clasificación, La organización matrimonial en Australia*. Artículos como *La determinación del hecho moral: la moral positiva, examen de algunas dificultades*; *La eficacia de las doctrinas morales, representaciones colectivas y representaciones individuales, Sociología religiosa y teoría del conocimiento*; *Juicios de valor y juicios de realidad*; *Estudio sobre el contrato social, Estudio sobre el "Emilio", infancia, educación y Pedagogía, Introducción a la sociología de la familia, Enseñanza de la filosofía, La sociología en las universidades alemanas, y La enseñanza secundaria en Francia*.

A más de estos estudios, Durkheim dejó un gran número de obras inéditas. En una mejoría de su larga enfermedad hizo el supremo acto de fe al comenzar a escribir su *Moral*, objeto de su existencia, fondo de su espíritu. La masa de manuscritos de que se componen sus cursos, fruto de treinta años de la vida de un sabio y de un maestro en toda acepción del vocablo, es inmensa. Algunos de sus manuscritos han sido publicados ya y forman un conjunto de dieciséis estudios que dan a conocer el pensamiento de Durkheim y que nosotros trataremos, dentro de nuestra insuficiencia, de hacer conocer, en homenaje al maestro, y a los pueblos de habla castellana. Algunos de estos estudios han sido desarrollados por sus discípulos: por Levy Bruhl, cuya obra ha alcanzado la más amplia resonancia, consagrando sus mejores esfuerzos a estudiar la vida del hombre primitivo, partiendo del trabajo realizado por el maestro en *Las formas elementales de la vida religiosa*; por Marcel Mauss, quien, en colaboración con René Hubert, investigó, siguiendo las orientaciones del maestro, la vida religiosa y jurídica, lo mismo que el tema de *La magia*; por George Davy, quien realiza en *El Derecho, el idealismo y la experiencia*, una obra capital, remontándose hasta la averiguación de los orígenes del vínculo contractual, que demuestra que éste responde a una experiencia social y no racionalista: por

Moret, quien ataca la sociología política con su obra (en colaboración con Davy); *De los clanes a los imperios*; por Celestin Bouglé, otro de los discípulos más prestigiosos del maestro, que tiene una copiosa producción, así como por Francisco Simiand, quien ha realizado obra importante en la sociología económica.

Mauricio Halwachs, sagaz investigador discípulo de Durkheim, estudia, entre otros temas, el de las clases sociales, llegando a establecer, por los caminos de la ciencia, el concepto sociológico de "clase" en términos de gran nitidez, coincidiendo, aunque por otros caminos, con Marx y Engels y también con Gurvitch, Paul Fauconnet, Charles Blondel y otros viejos y nuevos discípulos del gran maestro, eruditos profundos, sabios en una palabra.

Es una obra grande, fuerte y, al mismo tiempo, armoniosa la que salió de la potencia y de la actividad de ese grupo de sabios formados por ese grande y humilde genio que se llamó Emilio Durkheim. Era un equipo extraordinario, con un maestro más extraordinario aún. Durante la Primera Guerra Mundial, ese equipo era un especie de sociedad en plena fuerza de espíritu y corazón que elaboró una gran masa de trabajo y de ideas. Dolor inmenso para Francia y para la Humanidad el que la guerra, como Moloch, se haya tragado uno a uno a estos sabios y lástima mayor que Durkheim no hubiera podido permanecer mucho tiempo para dirigir a los que quedaron.

Así, Durkheim no sólo fue descubridor de un mundo nuevo de investigación, de hecho desconocido hasta entonces, sino que determinó los métodos que hay que emplear para llegar a conclusiones y dar soluciones definitivas.

Jefe de Escuela, su influencia se acentúa a medida que corren los años y que se van conociendo sus estudios, sus métodos y las conclusiones y soluciones que él dio a los problemas y fenómenos sociales que estudió; problemas y fenómenos insolubles para otros, que no quieren ver la verdad, la evidencia, al recurrir al estudio y aplicación de leyes de otras ciencias sin siquiera echar una mirada sobre el mismo fenómeno, analizarlo, estudiarlo, observarlo, y experimentar con él como hacen los investigadores de los fenómenos químicos, físicos, etc., hasta descubrir, sin oposición, las leyes que los rigen y poder así reproducirlos en el tiempo y en el espacio, descubriendo la verdad que les permite solucionar definitivamente esos problemas.

Por eso la influencia de Durkheim crece como "crece la sombra cuando el sol declina"; crece, porque es el único o el primero que trae a los hombres (azotados por angustias infinitas, azotados por crisis cada vez más profundas e insolubles, sacudidos por los fenómenos sociales

cada vez más complicados y difíciles) la explicación necesaria y oportuna, el remedio eficaz y contundente que otros pseudo-sociólogos refiidos con la realidad social, que otros filósofos trasnochados que se creen aún en los tiempos felices y brillantes de Aristóteles y de Platón, de Sócrates o Epicuro, discurren aún, plácidos, y eufóricos, por los jardines de Academus, ignorantes de que el hombre ha encontrado un instrumento poderoso, la ciencia, que le ha permitido desintegrar la materia, poder que ridiculiza el rayo de Júpiter.

Los filósofos, es decir, aquellos que estudian las relaciones de la materia y del espíritu, de la conciencia y de la Naturaleza, de la razón y de la sensibilidad, al estudiar los fenómenos sociales, las acciones, reacciones y representaciones colectivas se confunden, se dividen en grupos y en subgrupos, discuten, especulan, afirman los unos lo que niegan los otros y no descubren solución alguna. De este modo, el hombre que ha resuelto problemas inmensos (el problema del fuego, de la luz, del espacio, de la materia, de la vida, etc., etc.) no puede resolver sus propios problemas; la miseria sigue haciendo estragos, amenaza la existencia misma; el vicio, la explotación del hombre por el hombre, la incultura, la superstición, no han sido eliminados.

Pero muchos de ellos se sienten profundamente conturbados ante las conquistas actuales de la ciencia positiva; algunos, como Boutroux y Bergson, en nombre de lo que ellos llaman "Las exigencias superiores del espíritu" reclaman otros medios más eficaces para llegar a la realidad detrás de las cosas. Ellos se niegan a admitir que la ciencia puede darnos verdades reales y seguridades definitivas sobre el pensamiento y aun sobre el Universo "Tal cual éste existe en sí", y Le Roy y Rueff, al mismo tiempo que los primeros, afirman sin rubor que la ciencia da, a lo sumo, ojeadas prácticas sobre un universo artificial, sobre un universo adaptado a las necesidades diarias para el trabajo utilitario de la inteligencia. La ciencia no es, dicen ellos, un medio de conocer la verdad, sino simplemente un artificio cómodo para la acción. Ella no se coloca en el plan de la verdad, sino en el plan de la utilidad.

Durkheim niega enérgicamente estos despropósitos de los filósofos. Sostiene que la ciencia no sólo llega a resultados indiscutibles sobre los problemas en que todo el mundo reconoce su competencia, sino afirma que sólo ella es susceptible de procurar una claridad inteligente sobre todos los problemas que conciernen a la naturaleza humana; problemas como aquellos del pensamiento, del conocimiento, del arte, de la acción, de las religiones, de la sociedad, de la moral, etc., etc., en una palabra, del *hombre* en toda su acepción, al mismo tiempo que en su realidad más concreta; problemas que parecen insolubles precisamente

porque no se ha querido o no se han habido aplicar los verdaderos métodos científicos que ellos reclaman. "Somemos estos problemas a la prueba de la ciencia y a sus métodos rigurosos y los haremos inteligibles".

En efecto, cuando la vida humana con sus manifestaciones más ricas, más interesantes, más complejas (religión, arte, moral, derecho, lenguaje, política, costumbres, economía, etc.), sean traídas al sistema inteligible de hechos y de leyes científicamente determinados, entonces habremos resuelto los problemas del Hombre Social.

Porque, con la ciencia, son comprensibles para el hombre todos los problemas de la Naturaleza; porque el hombre ha penetrado en los abismos insondeables del mar y escalado las mayores alturas de la tierra y ha perforado la inmensidad infinita del Cosmos, conoce las Galaxias y la contextura y la composición de Soles y de Estrellas infinitamente icjanas; estudia y sabe de las nebulosas, sondea y escudriña los arcanos de todo lo creado, en donde sólo Dios fluye con luz inmortal. Su pensamiento es más raudo que la luz y el sonido. Domina las enfermedades, hace recular a la muerte y prolonga la vida. Ha desintegrado la materia y puede hacer desaparecer al hombre y al Universo donde vive, porque capturó el fuego, la luz, la electricidad y los puso a su servicio. Nada se le esconde ni nada se le resiste; con el arma de la ciencia en la mano transforma, modifica, corrige, crea; pero vive mal, dominado por el miedo y por una angustia infinita; porque ha descuidado y no ha podido resolver sus propios problemas, los problemas de la vida humana, del comer, vestir, abrigarse, etc. Porque todas esas realidades sociales misteriosas no han sido reducidas a sistema y, por tanto, no han llegado a hacerse comprensibles como las otras realidades de la Naturaleza.

Por eso el descubrimiento de Durkheim, su originalidad, es más incontestable e importante que la de Newton, en el dominio de la física, o la de Lavoisier, en el dominio de la química, o la de Laurens, Oppenheim y Einstein en la de la desintegración del átomo.

Los astrónomos conocían el mundo sideral; los alquimistas no ignoraban la existencia de los cuerpos químicos; ellos sabían que ellos se componían y se descomponían, pero ignoraban simplemente las leyes que presiden a las transformaciones de la materia.

Antes de Durkheim, nadie había afirmado, de una manera formal, la existencia de un mundo social y esta es la razón por la cual los filósofos y los seudosociólogos (más filósofos y metafísicos que sociólogos) derrumbaron por predios diferentes buscando soluciones imposibles, pues todo fenómeno social debe ser estudiado socialmente y tener soluciones sociales.

La Fontaine, el filósofo, dice refiriéndose a estos pensadores: “¿Cuál es, en efecto, el objeto preciso de la filosofía sino el conocimiento del Hombre?”, no el Hombre individual de los psicólogos, el hombre artificial de los lógicos y los moralistas, sino el hombre con su naturaleza viva de ser pensante y actuante, con todas las fuentes, todas las razones, todas las posibilidades, todas las consecuencias de la vida, de su sensibilidad, de su pensamiento y de su acción.

Henry Poincaré, en su libro *El valor de la ciencia*, declara que la ciencia y la moral tienen dominios propios que no se tocan ni se penetran, porque para él la ciencia nos mostrará a qué objeto debe propenderse, mientras que la moral, el objeto ya dado, nos haría conocer los medios de alcanzarlos, y termina diciendo: “Il ne peut pas avoir de science immoral pas plus que il ne peut pas avoir de moral “scientifique.”

En todo caso, las moralistas afirman que la ciencia es incapaz de dar el ideal que determina nuestra acción, hacia el cual tiende nuestra conducta colectiva o privada.

Durkheim niega también todas esas afirmaciones absurdas y se niega a creer que haya en el Universo dos o más “órdenes” de realidad. Para él las “realidades” morales y sociales son, como las otras realidades de la Naturaleza, “objetos” de conocimiento, cuyas leyes es capaz de descubrir la ciencia. Si estas realidades son dominadas por un “ideal”, es a la ciencia a la que pertenece encontrar ese ideal que determina nuestra acción; de esta manera estaremos seguros de que este ideal no es quimérico y de que, al contrario, él es más eficaz, puesto que sólo la ciencia puede obtener, de los hechos, la ley que ha regido nuestra vida en el pasado y que seguirá rigiendo en el porvenir.

Augusto Comte, al fundar la sociología, como Colón, al descubrir América, no sabía que había descubierto un nuevo mundo; pensaba que había llegado a Cipayo y que había encontrado el camino a las Indias. Comte pensó, al denominar a sus estudios de los hechos sociales *Sociología*, que había encontrado, que había descubierto, una nueva especie de metafísica sacada de la Historia, porque, para éste, toda la vida social está dominada por su *ley de los tres estados*, ley que no puede sacarse de la observación imparcial de los fenómenos colectivos. En el prólogo de mi obra *Principios de Sociología*, Luis Arasquistain, célebre escritor español, dice “que la *ley de los tres estados*, de Comte se da en todos los tiempo y grados de civilización y no son sucesivos, sino coexistentes, como lo prueban los Latoukas —pueblo “salvaje” de África que no creían en ningún Dios—; todos ellos profesaban un ateísmo completo y muchos otros pueblos primitivos han superado, o no han conocido nunca, la fase teológica, en tanto que el noventa por ciento

de los más grandes hombres de ciencia creen aún que la Biblia es la palabra revelada. Comte construye un método *a priori* para el estudio de esta nueva ciencia.”

Él ve en los hechos sociales, como en los hechos físicos, dos expresiones de la realidad que hay que estudiar; un estado de estabilidad de los hechos y sus consecuencias, o sea, su *Estática social* análoga a la estática física y, después, un estado de desarrollo de esta realidad que llamará *Dinámica social*. Es así como el creador de la Sociología no nos dio en la especificación de los hechos sociales una demostración sistemática. Por eso sus continuadores y los que se llaman sus discípulos se han desviado, y cada uno de ellos, filosofando, ensaya ver en la sociología una aplicación de las ciencias ya construidas lo que nos dará solamente un aspecto fraccionario, parcial, de la realidad social, pero jamás nos dará soluciones integrales y conclusiones definitivas.

Pero la creación, desarrollo y edificación de la Sociología como ciencia no sólo ha tenido obstáculos entre los filósofos, metafísicos y teólogos, sino entre los mismos sociólogos o pretendidos sociólogos, los que sostienen que, efectivamente, hay hechos, fenómenos sociales; que estos hechos sociales pueden ser objeto de una ciencia. Como no se desprende de esta afirmación el que haya necesidad de constituir una ciencia diferente, tenemos distintas interpretaciones: la interpretación biológica de los hechos sociales; la interpretación psicológica de los hechos sociales, la interpretación económica y la interpretación moral, a más de otras interpretaciones eclécticas y difusas.

EXPLICACIÓN BIOLÓGICA DE LOS HECHOS SOCIALES: La concepción biológica tuvo en el siglo XIX un defensor en la persona de Herbert Spencer y, con él, en los evolucionistas. Para éstos la sociología no es sino una derivación de la biología.

Spencer ve esta relación o conexión bajo dos puntos de vista. Los elementos de la vida social son los individuos. Las acciones de éstos están regularizadas por leyes generales de la vida. El mecanismo de la vida social se explica por leyes análogas a las leyes biológicas. Si se considera una sociedad en su evolución, se le ve nacer, desarrollarse y morir. Esta curva es comparable a la del individuo. Una sociedad, en su funcionamiento estático, tiene una estructura comparable a la de los seres vivos. La Biología da la clave de la Sociología. Otros, como Taine, Worms, Lilienfeld, Novicov, de Grieff, Lombroso, Garafolo, etcétera, etc., mantienen la misma interpretación biológica o antropológica de los hechos sociales. Este aspecto es fragmentario, parcial, muy parcial, imperfecto, porque, indudablemente, la Biología estudia la vida

en todas sus formas; sus leyes, forzosamente, se aplican a los elementos vivos de la sociedad humana como ser vivo y no como ser social. Lo mismo se puede decir de la química y de la física y, sin embargo, a nadie se le ha ocurrido ni se le ocurrirá decir jamás que, porque el cuerpo humano se compone de átomos conociendo las leyes del átomo y conociendo cómo se desintegra éste podemos reconocer los fenómenos sociales que existen. No por el hecho de que los hombres nos componemos y estamos integrados de materia y ésta de átomos, conociendo las leyes químicas y físicas de la materia y del átomo con sólo aplicarlas a los fenómenos sociales tendremos su explicación. Lo mismo se puede decir de la **biología**.

El mecanismo de la vida social es distinto, con características específicamente distintas del mecanismo de la vida biológica.

INTERPRETACIÓN PSICOLÓGICA DE LOS HECHOS SOCIALES. La escuela alemana, con Simmel, seguida por estadounidenses como Lester Ward, creará descubrir en la sociología una psicología de los pueblos, mientras que Gabriel Tarde y sus discípulos pretenderán que ella no es sino un capítulo de la Psicología de los individuos.

Lester Ward mantiene que la materia sociológica es acción humana. No es la estructura, sino la función estadística, la manera como los diferentes productos sociales han sido creados. Para Tarde, el mundo social es un medio en el cual se reflejan las leyes de la psicología. Hay dos elementos esenciales: la *invención* y la *imitación*. Pero la sociología psicológica es impotente para darnos o presentarnos resultados seguros. Ella no nos da sino cuadros muy generales que no pueden servir de explicación verdadera; ciertamente esta concepción es más amplia que la anterior, porque no sólo se aplica a seres vivos, sino a determinados seres vivos, al hombre; pero aún esta interpretación es reducida, fragmentaria, limitada y sólo contempla un breve aspecto de la sociedad: el hombre como ser pensante. El valor de la Sociología Biológica psicológica es diferente; desde el punto de vista de la utilización actual y futura ella puede ser parcialmente retenida. La Sociología engloba, encierra, la psicología social.

INTERPRETACIÓN ECONÓMICA: Se acercan más a la verdad científica Karl Marx y Federico Engels con su interpretación económica de los hechos sociales, de los fenómenos sociales; pero aún esta interpretación, que abarca un campo más amplio que las anteriores, no llega a resolver todos los problemas sociales. "Son las condiciones económicas las que rigen la acción de los hombres".

Dice Marx y luego agrega: “Vivir es, primeramente, comer, abrigarse, vestir y algunas otras cosas. El primer acto de la Historia es el de la producción de los medios destinados a satisfacer esas necesidades; la producción de vida material y es ese gesto histórico la base de toda la Historia”.

Pero Marx y Engels han exagerado la importancia de los hechos económicos y es el mismo Federico Engels quien así lo reconoce:

“Marx, y yo mismo particularmente, debemos llevar la responsabilidad del hecho, que a menudo los jóvenes le dan más importancia que la que tiene al lado económico. Enfrente a nuestros adversarios nos fue preciso remarcar el principio esencial negado por ellos y no tuvimos el tiempo, lugar ni ocasión, de hacerle justicia a los otros factores que participaron en la acción «recíproca».”

Pues aún los especializados en la Historia económica recibieron el materialismo histórico de Marx con un escepticismo manifiesto; porque, para ellos, el método de Marx no aporta pruebas.

Lucien Tobore, en 1935, en los *Anales de Historia económica* escribía: “Los Historiadores somos gente de Santo Tomás” como se decía en el siglo xvi. Nosotros queremos tocar con nuestras manos, palpar y sopesar. En tanto que no nos pongan ante nuestros ojos una obra siquiera en la cual nos puedan decir: He aquí la historia según nuestra concepción, esta concepción que hemos sacado de Marx y que nosotros creemos que puede renovar la práctica y la doctrina de los historiadores; en tanto no hagan eso, en tanto que esta experiencia no haya sido intentada lealmente, estén convencidos que pueden continuar haciendo ascender con sus dos brazos tendidos la roca del materialismo histórico hasta la cumbre del Pico Karl Marx. Los historiadores seguirán de lejos, con espejuelos, su ascensión. Después de lo cual, la roca se deslizará a lo largo de la pendiente”.

Pero lo que Marx presintió Durkheim lo descubrió. Durkheim define y estudia la realidad colectiva en ella misma, porque la acción social no es suma, sino síntesis, y del estudio directo y positivo de ésta síntesis obtiene la respuesta solicitada, que es la solución del problema. Durkheim nos da un ejemplo: el bronce, compuesto de cobre y estaño, metales dúctiles. No es analizando esos dos elementos que lo integran como podemos estudiar la dureza del bronce, dureza que no se encuentra ni en el cobre ni en el estaño, elementos que componen el bronce; para tener una solución, hay que estudiar el bronce mismo; asimismo, dice Durkheim, no es estudiando al hombre como obtendremos la solución del problema de la sociedad, no obstante que ésta está compuesta por el hombre. El declara que la sociología es una ciencia

completamente independiente y que se basta a sí misma, y, bien lejos de confundir su objeto, su método y sus leyes con el objeto, las leyes, el método de las otras ciencias, físicas, biológicas, económicas, jurídicas, etc., él va a probar que es más bien la sociología la que presta sus luces a la Biología, a la Psicología, a la Economía Política, a la Moral y aún a la Lógica; en una palabra, a todas las ciencias que se ocupan del hombre. “La Sociología es una ciencia bien determinada, ella es, a la vez, una ciencia particular y una ciencia general, una filosofía. Ella no solamente nos hará conocer la naturaleza y las leyes de los hechos sociales, sino que nos dará sobre la naturaleza humana las perspectivas más preciosas, las hipótesis más fecundas, porque ella va a buscarla en la realidad humana, cuyas huellas están consignadas en la Historia. La Sociología, para Durkheim, no será una simple especulación filosófica, sino que, al investigar los fenómenos sociales y aun individuales, encontrará una solución. Durkheim afirma así la existencia indiscutible de un mundo social bien determinado y ese nuevo mundo tiene para él una realidad tan independiente como aquella del mundo físico o del mundo biológico. Es él quien —el primero— descubre y afirma la originalidad de ese nuevo Universo. Todos los pretendidos sociólogos, dice La Fontaine, que lo han precedido, no hablaron sino vagamente; nadie se dio cuenta de esto ni lo definió expresamente.

Y así, Emilio Durkheim, para gloria de Francia y del mundo, es uno de los grandes benefactores de la Humanidad, pues, al descubrir la Sociología como Ciencia, ha descubierto el camino para resolver los problemas más angustiosos y más trascendentales de la Humanidad; mucho más importante que el descubrimiento de la desintegración de la materia y la de la conquista del espacio sideral.

Honor al maravilloso sabio y honor a Francia, el glorioso país que ha dado tal hijo.